

Reflexiones

Padre Nicolás Schwizer

Eucaristía y vida - 7 La Consagración

La consagración está íntimamente relacionada con el ofertorio. La palabra nos invita a hacernos ofrenda. En el ofertorio nosotros nos entregamos como don para que Dios lo convierta en ofrenda. Y es en la consagración cuando el pan y el vino, que nos simbolizan a nosotros, se convierten en la ofrenda, en Jesucristo. La consagración sucede en medio de una gran oración de Acción de Gracias que es la Plegaria Eucarística. En esta Plegaria Eucarística se revive toda la historia de salvación. En el centro de esta Plegaria y como cumbre de esa historia de salvación, está la consagración. En ella se renueva el misterio pascual, cumbre de las maravillas de misericordia que Dios ha hecho con nosotros. La consagración hace presente el misterio pascual: a Cristo crucificado y resucitado.

Él es la ofrenda. Y la consagración es la cumbre de toda la historia de salvación. Porque es la hora suprema del amor de Cristo. Es la hora suprema del amor de Cristo porque es la hora suprema de su dolor. Para nosotros, el dolor es ocasión de crecer en el amor. Jesús no podía crecer: en la medida en que era Dios siempre amaba con un amor infinito. Pero fue la ocasión para demostrar al máximo su amor: su amor expiatorio por nuestros pecados. Por eso es la hora cumbre del amor.

Pero es también la hora de la suprema libertad. Y aquí se manifiesta también la grandeza de Dios: mediante el poder de un amor absolutamente libre. Jesús muestra que a Él no lo detiene nada para amar; que su amor es más grande que el dolor y que su amor es también más grande que la muerte.

Y por eso Jesús ha escogido ese momento de su vida como su memorial: "Hagan esto en memoria mía". El gesto de la Última Cena donde se revive la hora suprema de su amor y de su libertad.

Cristo nos invita a hacer también de nuestra propia vida una consagración: una entrega total a Dios y a nuestros hermanos, como la de Él.

El sacrificio del Calvario se repite o renueva por nosotros, para que pronuncemos las mismas palabras de la consagración en nuestro corazón. Así me hago Eucaristía viva.

Consagrar significa hacer sagrado, hacer algo propiedad de Dios. ¿Y por qué incluye entonces la noción de dolor?

Porque nada puede ser consagrado sin purificarlo de lo que no es digno de Dios. Por ejemplo, un cáliz que se quiere usar en la Eucaristía, hay que limpiarlo, tiene que ser digno de Dios. La purificación del hombre, del interior del hombre es siempre dolorosa, porque supone un cambio, una lucha permanente.

Consagración es purificación. Pero es también transformación o transubstanciación. El pan, un alimento natural, se convierte en un alimento sobrenatural, en el Cuerpo de Cristo. La cruz y el sufrimiento humano se convierten en algo divino, en materia de redención.

El hombre mismo va divinizándose, va transformándose en Cristo hasta poder decir con San Pablo: "Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí" (Gal 2,20).

De la consagración en la misa surge un gran movimiento de conversión del hombre y de transformación de todo lo creado hacia una convergencia total en Dios.

¿Cómo prolongo la consagración a Dios? En el fondo, la Eucaristía es la renovación de nuestra alianza bautismal. El día del bautismo ya fuimos consagrados a Dios. Fuimos hechos su propiedad.

Y en cada misa Dios nos llama a unirnos a ese Jesús que le dice al Padre en la consagración: yo quiero ser propiedad tuya en todo momento. Y si tu voluntad es que yo muera, entonces yo renuncio a mi cuerpo para ser siempre propiedad tuya. No quiero tener nunca nada que Tú no quieras que tenga. Con Cristo quiero reafirmar en cada misa mi consagración bautismal.